

Roberto Luviano
Sociedad General de Escritores de
México (SOGEM)
México
stravinskimajareto@gmail.com ◆

**El cine mexicano
del siglo xx.
Estampas de una negación
mexicana de Obed
González: estampografía
o negación nacional en el
cine**

Todo deseo tiene un objeto y
éste es siempre oscuro.
No hay deseos inocentes.
Luis Buñuel

Reseña del libro de Obed González
Moreno *El cine mexicano del siglo
xx: estampas de una negación
nacional (1910-2000)*, Toluca, Instituto
Mexiquense de Cultura, 2011.

Hablar de integración de una identidad nacional es hablar de una construcción simbólica, ya que ésta es reprimida por nuestro propio lenguaje. La conciencia que adquirimos con la experiencia sólo puede esbozar una estampa, que no es otra cosa que el sentido y la huella fantasmagórica, como un sello de agua; la imagen se nutre de nuestros deseos, la represión habita en el ser y no en el deber ser. Pensar es ser, dicta el filósofo griego; en el cine, este sello es el movimiento, a través del cine se funda el poder del movimiento, lo que anima, lo que nos provee el poder de significación.

Por medio de lo creado, como lo cita el propio Obed González¹ (“creador es el que construye y se devasta para crearse a sí mismo y ser incluyente de un todo”), el mexicano se niega a sí mismo, es una escisión del ser creado por nuestra conciencia. En la obra de Obed González, la autotelía está presente. Ese pensamiento que se vuelve al pensamiento de origen es un laberinto de negación de la otredad; sólo se presenta el signo alterado, que hace que se construya el reino de lo imaginario. El cine es la composición colectiva que integra la significación de un pueblo

¹ Ganador del concurso Publicación de Obra 2011, convocado por el Instituto Mexiquense de Cultura.

o de una cultura, funda un lenguaje que articula un discurso, un discurrir del sello fantasmagórico. El cine es integral, en el sentido de que nos narra lo no tocado, es así como el inconsciente aflora; si lo integral es lo no tocado, es decir lo que no se ha articulado, lo que no ha sido posible en el lenguaje, por lo tanto el mexicano se niega, se antepone a la muerte, se antepone a su no negación que es la vida, juega con sus simbolizaciones discursivas por medio del juego de azar, de una lotería; se antepone al lenguaje. El destino nos marca, nosotros no marcamos el destino; el cine mexicano del siglo XX no marca el destino de lo mexicano, sino su transmutación en algo ilegible, de ahí que sólo se puedan dar estampas, la imagen de agua, que se destruye cual espejo de Narciso.

El mexicano se mira en la pantalla y forma su idolatría, que se confunde con la santidad. Anhelamos ser, y debemos ser; ante este vacío cultural, la palabra sólo puede erigirse en la realidad, una realidad que es pensada, que nos es provista en la esfera simbólica, pero que no nos devela. El cine nos dice lo que no ha sido tocado, entonces nos ensimismamos en el silencio, que es anterior a la palabra, como lo refiere Panikkar: “este principio *anterior* de la palabra (que era el Principio), pero no separable de ella, es el Silencio”. Por medio del silencio lo imaginario reina; preferimos callar y creamos la realidad; que el discurso nos proporciona identidad, pero fundada en la idolatría, creyéndonos fundados en la santidad.

Todo lo dicho hasta aquí es una cinemática, el sentido es negado y separado de la fuerza: el lenguaje. Somos seres deslenguados, es decir que no controlamos la lengua. Esto se ve reflejado en la estampa del cine mexicano del siglo XX, y por qué no decir, también del mal llamado nuevo cine mexicano, que tampoco logra o niega el desciframiento de nuestra realidad construida en la negación, que no es el polo opuesto de la aceptación, sino negamos porque aceptamos la imagen del sello de agua.

La fantasmagoría mexicana del cine es sólo un lenguaje mal articulado, una estampa mal significada. Llegamos a la reverberación en la conciencia de esa imagen de lo que somos y es negada. En el texto de Obed González, esta negación es encontrada, en un análisis acucioso, en el símbolo, y es símbolo en cuanto simboliza; es decir, concreta a la revelación de lo que no ha sido tocado, pero que sí es signo según Panikkar.

En el cine mexicano hay una escisión del ser tripartita: el cuerpo, lo cinemático; el alma, el movimiento; y el espíritu, que es lo no tocado, pero que nos toca, lo inefable de la condición humana. En este sentido la escisión está proporcionada por el hecho de que no somos seres completos, y

que el imaginario fantasmagórico viene a llenar este vacío de significado, de ahí la importancia del cine, la palabra y su silencio.

Análisis significativo del conflicto²

En un principio el Principio es el Silencio. El origen interno del libro de Obed González está dado por el conflicto que genera la pregunta, milenaria y reciente, acerca de por qué somos lo que somos, en los personajes del cine mostrados en el análisis inteligente que realiza el autor. Por medio de la inserción de detalles significativos de varias películas que pretenden formar una identidad reconstruida desde lo perdido, desde lo no tocado internamente, hacer visible lo que imaginariamente somos, estos personajes se muestran decadentes, son fatalistas; es decir, saben que van a terminar, que no son eternos, que yerran en la conducta, son seres *moralinos* en muchos casos, ya no son seres íntegros, ya son seres manipulados por la visión del cineasta en turno, y ésta se ha impuesto, somos hijos del cine de Oro, idolatramos ser Pepe el toro, María Félix como virgen y santidad, somos castrados, lejos del padre, buscamos refugio en el cine, como movimiento. El análisis que nos propone Obed González es el de una identidad que no ha sido o no ha terminado de ser significada: este lenguaje interno de lo mexicano, que incluso es una negación de lo mexicano y que sólo se puede dar en el reino de lo imaginario.

El análisis externo del libro nos debe llevar a una reflexión profunda sobre el papel de lo imaginario como constructor del ser; el cine es ontología y es episteme, conocimiento. Obed propone estas dos visiones. El cine es el Ser que no se ha dado en la otredad, que no hemos sido capaces de reconocernos en lo otro; incluso el cine no nos reconoce, somos reflejados espectralmente, impedidos para codificarnos. Pero a la vez el cine es conocimiento, nos permite estamparnos en este reflejo, rebotando en nuestra mente, y así nos negamos, negamos conocernos, nos simbolizamos en la estampa.

Obed es un estampagrafista. Él imprime el significado, logra codificar la importancia de la identidad del otro, pero como la identidad es mutable, el cinematógrafo, es decir, la escritura, sigue haciendo girar la rueda de la vida.

² Decidí llamar a este análisis "estampografía" para señalar a propósito una contradicción: la estampa es un signo y significante, en cuanto simboliza; pero también es grafía, lo que está inscrito, o el tratado de, es decir, se niega a sí misma, es una palabra autotélica, que nos encontramos como un sonido esférico en nuestra conciencia.

Estampa final

La importancia de la significación a través del cine es la de revertirnos una vez más a ese principio del silencio. *El cine mexicano del siglo xx* pone de manifiesto la complejidad de lo que pensamos y somos. El libro viene a ocupar un lugar premonitorio de nuestro discurso, de nuestra atrofia, nos abre la incisión de nuestro tercer ojo, el de la fe. Sólo entendiendo lo significado podemos entender nuestro silencio.

La resonancia que nos proporciona el análisis de Obed González es la del gong que suena en nuestro corazón, la de la negación que está impresa en el agua y que se borra y fulmina con nuestra propia muerte, negando nuestro principio.

Enhorabuena por la función del libro; la pantalla grande necesitaba de esta significación textual. Obed sólo abre la puerta del ojo que negamos y que nos mira a través del cácaro.